

EL CAZADOR DE ALMAS

EL CAZADOR DE ALMAS



Jose Luis Verdu Esteve



Círculo Rojo
EDITORIAL

Primera edición: septiembre 2026

Depósito legal: SE 3389-2026

ISBN: 979-13-7060-772-2

Impresión y producción: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jose Luis Verdu Esteve

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculorojo.com

info@editorialcirculorojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y,
por tanto, ecológico.

«Para que el mal triunfe, basta con
que los buenos no hagan nada».

EDMUND BURKE

INTRODUCCIÓN

Antes de que existieran los reyes, hubo alguien que aprendió a gobernar sin corona. Antes que se construyeran las ciudades, alguien comprendió que el hombre no necesita solo la fuerza para obedecer.

Antes de que el cielo fuera desafiado con torres, hubo un cazador que descubrió una presa más valiosa que cualquier bestia, el alma humana.

Esta historia no comienza con una batalla, sino con una espera. No con un decreto, sino con una intuición. Porque el poder más duradero no entra por la fuerza, entra cuando el hombre cree haber elegido por sí mismo. Entra por seducción y falta de pensamiento propio.

Desde aquella llanura antigua hasta las ciudades de hoy, la técnica no ha cambiado. Solo se ha perfeccionado o ha mutado pero el fin es el mismo.

Las torres ya no son de ladrillo. Los imperios ya no tienen fronteras. Los cazadores ya no necesitan mostrarse, pero la caza continúa. Esta no es solo una novela histórica; más bien es un espejo del alma humana.

Esta obra es una novela de carácter histórico, simbólico y espiritual. Aunque parte de personajes y relatos antiguos, no busca reconstruirlos de forma académica, sino explorar sus resonancias profundas en la conciencia humana.

Todo parecido con sistemas, ideologías o formas de poder contemporáneas no es coincidencia, sino continuidad.

En este libro se repiten mucho las palabras «sistema» y «arquetipo». Antes de tener un nombre, esta historia ya tiene forma. Antes de ciudades, multitudes o redes informáticas de ahora, hay una razón antigua, casi invisible, que atraviesa los siglos como un susurro.

No siempre tiene la misma cara ni lleva la misma bandera, pero la estructura persiste.

El sistema nace del miedo humano a la dispersión. Del temor a que el mundo se deshaga entre sus manos. La sospecha de que, sin control, todo se fragmentará y en ese miedo, legítimo o no, comienza a levantarse algo que promete orden, sometimiento y obediencia.

Este libro no es solo un relato de caída; es un relato de la capacidad de valorar, distinguir y separar con inteligencia la sensatez y el sentido crítico, lo bueno de lo malo, lo verdadero de lo falso, o lo esencial de lo accesorio para tomar decisiones acertadas. Es un juicio basado en valores y conocimientos que permite entender situaciones complejas. Porque el verdadero combate no se libra primero en las plazas ni en las redes. Se libra en el interior, en ese espacio donde el hombre decide si será pieza de una estructura o habitante de una presencia.

Primero es necesario y luego es útil y finalmente, es imprescindible. Así comienza la historia. Las torres cambiaron con el tiempo y se convirtieron en ciudades, imperios, ideologías, hilos invisibles que tejen continentes. Pero el anhelo era el mismo, ordenar el mundo mundialmente sin depender del creador.

El arquetipo no se va. Se adapta se transforma y aprende de sus errores. No necesita volver a construir la arquitectura, solo le basta con copiar la intención.

El sistema puede ser instrumento de bien. Puede proteger, coordinar, sostener, pero cuando deja de servir a la vida y co-

mienza a sustituirla, algo cambia. Cuando la eficiencia reemplaza a la conciencia y la estabilidad desplaza a la verdad, el sistema deja de ser herramienta.

El sistema no es un personaje. Es una tentación, es la tentación de escalar en vez de morar. De controlar en vez de confiar y de mandar sin escuchar, su continuidad lo convierte en un arquetipo y se activa.

A veces es un líder carismático. Otras, la de una burocracia muda o una ideología extraña.

Hoy se disfraza de tecnología, habla en código. Pero su espíritu continuó y su propósito es hacerle creer al hombre que puede sostenerse sin trascendencia.

El sistema puede organizar el mundo, pero solo la verdad puede sostenerlo. Y esta es la historia de lo que ocurre cuando ambas fuerzas se encuentran.



CAPÍTULO 1

EL QUE APRENDE A ESPERAR

El desierto aún dormía cuando Nimrod abrió los ojos. No fue el frío lo que lo despertó ni el hambre, sino el silencio. Un silencio anterior al movimiento del mundo, cuando los pájaros aún no se atreven a cantar en la mañana.

Nimrod¹ permaneció inmóvil con la espalda contra la tierra y el arco preparado, escuchando. Desde niño había aprendido que todo lo vivo se delata antes de ser visto.

El arco reposaba a su lado. No era un objeto, era como una extensión de su cuerpo.

Ante él, la llanura se extendía infinita, sin límites. Allí no había ciudades, ni muros, ni nombres. Solo hombres dispersos en clanes, bestias errantes y un cielo demasiado alto para preocuparse por ellos.

Nimrod no miró al cielo; de hecho, no lo hacía nunca. Había aprendido algo que los demás aún no sabían:

«La víctima no escapa si piensa que nadie la ve».

1 Nimrod es una figura bíblica del Génesis, descrito como un poderoso cazador y el primer gran rey de Mesopotamia tras el Diluvio, fundador de ciudades como Babel y Nínive. Tradicionalmente, se le asocia con la rebelión contra Dios por liderar la construcción de la Torre de Babel.

Nimrod solamente se limitó a estar quieto y esperar. Un antílope se asomó en la distancia, después varios animales más. El viento cambió; trajo el olor del cazador. Los animales se detuvieron. Se miraron. Nimrod no tensó el arco. No se apresuró, permaneció quieto. Había aprendido que el miedo, cuando no se enfrenta a una razón, se desvanece.

Cuando finalmente disparó, lo hizo sin prisa, liberó la flecha y esta hizo su trabajo. El cuerpo del animal se desplomó y al caer levantó una nube de polvo, pero ante la agonía del animal, Nimrod no sonrió.

Se acercó lentamente al animal y se arrodilló a su lado. Puso la mano en el cuello cálido y sintió la vida huir de la carne. En ese momento, siempre en ese momento, algo más se revelaba, no la muerte del otro, sino la afirmación del propio poder.

Después, cuando los hombres de la comunidad se reunieron en torno al cuerpo, hablaron de habilidad, de bendición, de gracia de Dios. Nimrod los dejó hablar, estudió sus movimientos, sus ojos, la forma en que sus palabras giraban en torno a él como polillas alrededor de una llama.

Nadie se dio cuenta de que ya lo estaban ensalzando.

—Enséñanos —dijo uno finalmente.

Nimrod alzó la vista y respondió de inmediato. Sabía que aquel instante era más delicado que la cuerda del arco. Si abría la boca demasiado pronto, perdería algo. Si se demoraba, ellos ganarían.

—No es matar apresuradamente —dijo al fin—. La trampa consiste en hacer creer a la víctima que está segura.

Los hombres no captaron, pero asintieron. A menudo asienten cuando piensan que van a obtener poder. El asentimiento precede a la obediencia cuando el deseo ya está preparado.

Aquella noche, junto al fuego, Nimrod vio cómo lo imitaban, cómo copiaban sus silencios, cómo lo miraban antes de moverse. Algo había nacido, pero ninguno parecía darse cuenta.

No era una cacería, era una manera de disciplina. Y mientras el fuego ardía y el cielo permanecía en silencio, Nimrod supo que los animales no serían suficientes por mucho tiempo.

Porque los hombres también bajan la guardia y como una inspiración recibida de su lado más oscuro, entendió que podía «cazar sus almas».

Comprendió entonces que la vigilancia constante no necesita castigo; basta con estar atento y estudiar sus reacciones. El viento levantó cenizas que ascendieron como estrellas falsas. Nimrod las siguió un instante con la mirada, pensó en el cielo como se piensa en una montaña, no se adora una montaña, se escala, se conquista.

Recordó a los ancianos hablar de dioses invisibles, de voces antiguas que ordenaban y castigaban. Pero nunca había visto a esos dioses esperar el momento exacto, ni decidir cuándo el mundo estaba listo para ceder. Si existían, eran lentos y la lentitud lo sabía bien es una forma de debilidad.

Se levantó y caminó entre los cuerpos dormidos. Algunos fingían no verlo, otros apretaban con más fuerza sus lanzas que no sabrían usar sin él. Nimrod no dijo nada, aprendió que el silencio también instruye y él era el dueño de sus silencios.

Al regresar al fuego, añadió un tronco. Las llamas crecieron y las sombras danzaron sobre los rostros dormidos hasta volverlos irreconocibles, casi iguales. Y allí lo entendió con claridad inquietante.

No solo eran individuos, eran formas esperando que alguien los guiase.

Cuando finalmente se recostó, no soñó con animales ni con dioses. Soñó con hombres alineados, con voces que hablaban una

sola lengua, con manos que construían algo descomunal para ser un refugio de su orgullo.

Al amanecer, los hombres despertarían distintos, aunque no sabrían decir por qué. Y Nimrod, el que había aprendido a esperar, ya no cazaba solo para sobrevivir.

CAPÍTULO 2

CUANDO EL MIEDO APRENDE OBEDECER

La decisión no fue anunciada, no hubo órdenes ni señales en el cielo. Nadie fue convocado con urgencia. Y, sin embargo, cuando Nimrod se levantó aquella mañana y caminó hacia el centro del campamento, los hombres comenzaron a reunirse como si siempre hubiera sido así. Nimrod no los llamó, simplemente esperó.

Había aprendido que el poder verdadero no empuja, atrae.

El fuego de la noche anterior aún humeaba. Alrededor de la hoguera, los cazadores discutían en voz baja; algunos miraban el horizonte, otros miraban hacia abajo. Parecía que sus cuerpos estaban allí, pero sus almas estaban ausentes.

Todos, en algún momento, lo miraban a él. No con desafío, con expectativa; esa expectativa era nueva. Nimrod la reconoció como se reconoce una herramienta bien hecha.

—Hoy no saldremos a cazar —dijo Nimrod

El murmullo fue inmediato. No de protesta, sino de desconcierto. Cazar era vital para ellos y no hacerlo era escapar de la necesaria costumbre.

—Cada día caminamos más lejos —continuó Nimrod—. Cada día regresamos más cansados, el desierto no ha cambiado.

Nadie lo contradijo. La aceptación de la palabra, dicha en el momento justo, se vuelve autoridad.

Nimrod caminó lentamente alrededor del fuego. No ocupó el centro. El centro atrae miradas, pero también resistencia. Prefirió el borde, donde las palabras se sienten menos como órdenes y más como constataciones.

—Si seguimos dispersos —dijo—, el miedo nos alcanzará uno por uno.

—Si permanecemos juntos, el miedo aprenderá dónde colocarse.

Alguien preguntó lo inevitable:

—¿Quién decide?

Nimrod se detuvo. Miró a cada hombre como si evaluara no al cuerpo, sino al vacío que lo rodeaba.

—Nadie decide solo —respondió—. Pero alguien debe comenzar.

Propuso algo sencillo. Demasiado simple para parecer peligroso, turnos de vigilancia, trabajo compartido, un fuego central que no se apagara, señales para la noche, palabras pequeñas, acciones razonables. Nadie vio la red que se tejía entre ellas.

Esa fue la primera ley, no escrita, y simplemente fue aceptada.

El miedo, que antes corría libre, empezó a concentrarse. Ya no temían tanto al desierto como al desorden. Ya no huían del hambre, sino de fallar al grupo. Y Nimrod observó cómo ese desplazamiento los hacía más dóciles que cualquier amenaza externa.

Esa noche, el campamento no durmió disperso. Un hombre se levantó para vigilar sin que nadie se lo pidiera. Otro corrigió a su hermano con un gesto breve. Un tercero apagó un fuego secundario «para no confundir». Nadie lo ordenó, pero todos lo entendieron.

Nimrod se mantuvo en silencio. Sabía que la obediencia madura cuando cree estar protegiendo algo. El miedo, bien dirigido, no paraliza, organiza.

Al amanecer, los hombres despertaron con una sensación nueva. No era alegría era seguridad, pero sabían que habían pagado por ella con algo que aún no tenía nombre.

Nimrod los observó trabajar juntos, reír juntos, vigilar juntos. El campamento ya no era un conjunto de voluntades, sino un solo cuerpo que respondía a señales invisibles. No había levantado un trono.

No había exigido juramentos y, aun así, cuando alguien dudaba, miraba hacia él. El miedo había aprendido a obedecer; cuando esto ocurre, el resto es sencillo.

Nimrod aún no lo sabía, pero ya había cruzado el umbral.

El animal caído no era el verdadero triunfo. El verdadero triunfo estaba en los ojos de los hombres que lo rodeaban: abiertos, atentos, dispuestos. Había algo en ellos que no pertenecía al hambre ni al miedo inmediato, sino a una necesidad más antigua: ser guiados, que alguien piense por ellos. Nimrod percibió ese cambio con la misma claridad con la que percibía el viento.

No todos los hombres reaccionan igual ante la autoridad.

Pero las almas se inclinan antes de que el cuerpo lo haga. No les dio órdenes esa noche, tampoco las necesitaba.

Bastó con decidir dónde sentarse, cuándo hablar, cuándo callar. Bastó con mirar a uno. El poder no descendía en forma de gritos ni de castigos, descendía como costumbre.

Entonces pensó: «Así se caza un alma, no arrebatándola, sino haciéndole creer que eligió quedarse, que seguirme es su decisión».

CAPÍTULO 3

EL MAESTRO

El maestro lo escribiría siglos después, con palabras que aún no existían en esa llanura:

*«Se hicieron rebaño sin pastor,
y aun así obedecieron».*

Pero en ese origen no hubo profecía, solo intuición. Nimrod entendió que el mundo podía ordenarse no solo por fuerza, sino también por seducción.

El hombre acepta cualquier carga si cree que tiene propósito. Esa fue la verdadera revelación, la violencia es la última opción, eso sería «la solución final»².

Desde entonces, cada fuego encendido sería un altar invisible, cada ciudad, una trampa sin muros, cada lengua compartida, una fuerza más.

2 El autor hace un juego de palabras sobre la llamada **solución final**, conocida en la terminología nazi como la **solución final a la cuestión judía** (en alemán: *Endlösung der Judenfrage*), es el nombre del plan del Tercer Reich para llevar a cabo el genocidio de la población judía europea durante la Segunda Guerra Mundial.¹

El cazador ya no acechaba en el desierto a ordinarios animales. Lo hacía en el interior de cada hombre, adaptando un sistema para tener el control total.

La lámpara que sostenía los ojos del maestro parpadeó por el viento. El maestro colocó la mano sobre el pergamino como quien reprime un latido demasiado intenso. Ya había escrito contra reyes antes, contra ciudades, contra ejércitos, pero esto era diferente. Esto no llevaba corona ni trono.

La tinta goteó y empezó a cubrir de negro los espacios blancos del pergamino; entonces escribió:

«No fue rey, fue algo mucho peor».

El maestro se detuvo. Sabía que esas palabras no todos las entenderían. Un rey que aparentemente no oprimía, solo seducía; andaba entre los hombres, comía con ellos. Les daba significado, les enseñaba a obedecer sin pensar en las consecuencias y aparentemente a usar adecuadamente la obediencia.

Siguió el maestro:

«No reinó sobre los hombres,

moldeó conciencias.

No impuso ataduras.

Solo enseñó a desearlas».

El maestro cerró los ojos. Vio una llanura antigua, anterior a los muros. Vio un hombre sin corona, sin templo, sin nombre. Lo observó esperar y supo con un escalofrío que el pecado más duradero no clama ni organiza.

—El que caza almas actúa con un propósito —murmuró— y su víctima se dirige sola hacia el lazo.

La pluma rasgó por última vez, se detuvo; el maestro no añadió el nombre. No era necesario. Los nombres cambian, las formas perduran.

Cerró los ojos, no para descansar, sino para escuchar. A veces la palabra no llega como voz, sino como peso. Un peso en el pecho, en la mano, en la responsabilidad de seguir escribiendo aun sabiendo que no cambiará el curso.

Con un esfuerzo de su aliento, el maestro apagó la lámpara. Y pensó:

*«Babilonia duraría muchos siglos.
En el interior, había sido creada.
Pues antes de los Reyes.
antes que las torres,
antes de la ciudad,
Hubo uno.
¿Qué enseñó a los hombres?
a inclinarse.
sin saber ante quién».*

Comprendió entonces que Babilonia y su torre³ no fueron castigadas por su altura, sino por haber enseñado a los hombres a obedecer sin preguntar.

—No fue una torre lo que ofendió al cielo —susurró—, sino la idea de que todos miraran en la misma dirección sin mirar a Dios.

El pergamino quedó abierto. La tinta estaba aún húmeda.

3 La Torre de Babel situada en la ciudad de Babilonia edificada por Nimrod es un relato bíblico (Génesis) que explica el origen de las diversas lenguas humanas y la dispersión de los pueblos. Según la historia, la humanidad, unida y con un solo idioma, intentó construir en Sinar una torre colosal para alcanzar el cielo, lo que provocó la intervención divina.

El maestro no sabía si escribía para advertir o para dejar constancia. Quizá ambas cosas eran lo mismo. Afuera, la ciudad dormía, pero de sus escritos, una ciudad nacería otra vez, que sería recordada en el futuro.

Pronto los hombres dejaron de hacer preguntas existenciales. La pregunta resultaba incómoda.

CAPÍTULO 4

LA TRANSFORMACIÓN FINAL

Nimrod no fue un monstruo al nacer; se convirtió en uno. Primero fue un hombre vigoroso entre los suyos, maestro del arco y rápido en la caza. Los viejos lo miraban con respeto; los jóvenes lo seguían con admiración.

Pero dentro de él empezó a surgir otra voz, una que no hablaba de gratitud, sino de control. Cada triunfo lo envanecía; ya no daba gracias al Creador por su poder, se lo atribuía a sí mismo.

Pero la caza no siempre fue suficiente. Las bestias ya no le proporcionaban la sensación de poder que deseaba. Luego miró a los hombres, y aprendió que el miedo funciona mejor que el respeto, y que la violencia es un idioma que todos entienden.

Nimrod, «poderoso y rebelde delante de Dios»; no por lo grande de sus obras, sino por la facilidad con que se revelaba. Ordenó sangre inocente para cimentar su poder, y cada muerte era un escalón más en la torre invisible de su orgullo.

Su nombre comenzó a susurrarse con temor. Las madres callaban a sus hijos cuando oían sus pisadas a la distancia, y los hombres agachaban la vista al pasar a su lado. Nimrod reinó no con justicia, sino con una seducción asociada al terror.